

sentir napoleónico. Carnot, Fouché, el general Grenier, Caulaincourt y el antiguo convencional Quinette, fueron los encargados de regentar el imperio, si bien sin proclamar por emperador á Napoleon II, á lo que contribuyó mucho un diputado de gran elocuencia, Manuel, quien pidió y obtuvo que la Cá-

mara se atuviera á la Acta adicional que consagraba los derechos del rey de Roma, pero con esto se evitaba su llamamiento y no se comprometía el porvenir. Este fué el motivo por el cual no se nombró para el gobierno á Lafayette, á quien unos no querían por anti-napoleónico, y á quien otros rechaza-



Batalla de Waterloo

ban por sus pocas simpatías por los borbones. Todo esto servía admirablemente las intrigas de Fouché, porque un trono está vacante desde el momento que no se reconoce en nadie el derecho de sentarse en él. Sin embargo, no por esto se arrinconó al general de 1789; el astuto Fouché, que se había alzado con la presidencia del gobierno, hizo que las Cámaras le designasen para ir á tratar con el enemigo. Con esto se le alejaba de París.

Pero en París aún quedaba Napoleon, y Fouché tenía siempre un arranque del hombre que tan

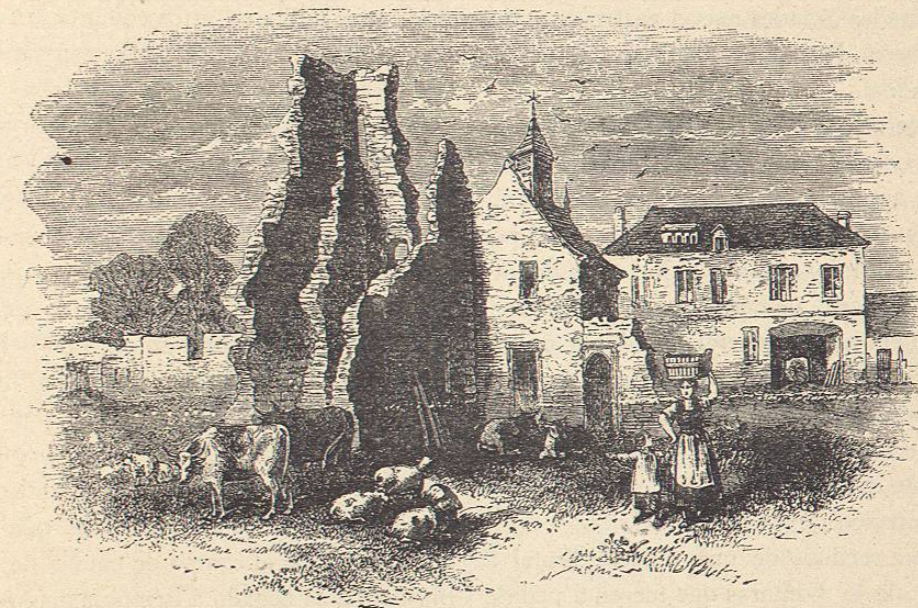
grandes y gloriosos los había tenido en su carrera, así se dió maña en convencer á Carnot y á Davout de lo conveniente que sería que se le alejase de París para calmar la intranquilidad y la agitación de la capital, intranquilidad y agitación que eran reales, pues el pueblo, los federados especialmente pedían armas para salir á detener á Blücher á quien no había podido contener Wellington y que avanzó atropelladamente sobre París tan pronto supo que Napoleon había abdicado. Pero ya hemos dicho que nadie pensaba en combatir. Davout y Carnot sirvieron,

pues, una vez más de instrumentos á Fouché y Napoleon se retiró el día 25 de Junio de París marchando á la Malmaison, cuya posesión le recordaba los días más gloriosos del Consulado, y en donde había fallecido hacía pocos meses su compañera de aquellos hermosos días, Josefina.

Faltaba ahora á Fouché vencer la resistencia de Davout que nunca había manifestado la menor simpatía por los borbones.

Hase recriminado á Davout por no haber en estos días ocupado el puesto que dejaba abandonado Napoleon, como si Davout, que nunca había hecho

otra cosa que pelear, tuviera las condiciones necesarias para dirigir un levantamiento nacional. Luego ni él ni Carnot creían posible hacer nada sin Napoleon. Napoleon había sido vencido por el número, pero el genio de Napoleon podía aún brillar de nuevo, y de él se necesitaba en aquellos supremos momentos. Fouché, que daba ya por descartado á Carnot, procuró por medio de Oudinot vencer las repugnancias de Davout, diciéndole que puesto que él no quería ponerse al frente del ejército ni estimaba que la situación militar pudiera salvarse, debería decidirse y llamar á Luís XVIII antes que de



Quinta de Gourmont

nuevo lo trajeran á París los aliados. Davout dijo que esto sería lo mejor si se pudiera contar con que los borbones fueran razonables, y esta concesión le perdió, pues, en seguida, se presentó Vitrolles á declararle que Luís XVIII perdonaría á todos y sería más liberal que antes.

Asegurado el consentimiento de Davout, Fouché se apresuró á convocar á las mesas de las Cámaras legislativas para darles conocimientos de lo que se había tramado. Solo Carnot y otros dos miembros protestaron.—27 de Junio de 1815.—Convinióse entonces en convocar á las dos Cámaras para el día siguiente, pero hé aquí que llegan las primeras noticias de Lafayette. Este participaba la negativa de Wellington y Blücher en conceder un armisticio, pero á la vez decía que los ayudantes de Blücher le habían declarado que á los aliados tanto se les daba el restablecimiento de los borbones. En su consecuencia se dejó en suspenso lo acordado y se des-

pacharon nuevos enviados á Laon para que Blücher que tan temerariamente avanzaba, consintiera en un armisticio.

Casi al mismo tiempo recibía Fouché de Wellington una negativa formal acerca de los pasaportes que le había pedido para que Napoleon pudiera marchar libremente á América.

Ibase, pues, enmarañando la situación y ya nadie veía el desenlace claro, cuando hé aquí que Grouchy, á quien se había tenido que entregar el mando del ejército por la impopularidad de Soult, se presenta de improviso con sus sesenta mil hombres delante de París, pasando por encima de las cabezas de las columnas de Blücher, que tan atolladamente se había adelantado con ánimo de cortar el paso al mariscal francés que tomaba el 29 sus cuarteles en la Villette, mientras Blücher los tomaba en Gonesse.

El combate de Aubervilliers reanimó á Napo-

leon. Al saber hasta dónde había llegado la temeridad de Blücher, se apresuró á pedir á la comisión gubernativa el mando del ejército para aniquilar al atrevido prusiano, correr luego á hacer lo mismo con el prudente Wellington, que no había querido aventurarse, y á quien habría dejado comprometido la destrucción de su compañero, finido lo cual, ofrecía deponer inmediatamente el mando que solicitaba.

Que lo que decía ahora Napoleon era muy posible que sucediera, no hay por que negarlo. Pero si en estas dos batallas hubiese perdido veinte mil hombres, ¿qué haría luego con los cincuenta mil restantes, contra las grandes masas austro-rusas que adelantaban hacia París llevando á su frente á los soberanos aliados?

Esta consideración pesó seguramente sobre el ánimo de la Comisión de gobierno, cuando nadie, ni aun Carnot apoyó la petición de Napoleon. Fouché por el contrario la combatió y se acabó por consentir que el traidor presidente hiciera presente á Napoleon el peligro que corría en la Malmaison, y le rogara saliera para Rochefort, en donde encontraría dos fragatas que se ponían á su disposición para que saliera de Francia. Napoleon, viendo que ya nada se quería de él, obedeció y abandonó la Malmaison. En este día acaba Napoleon, y principia la segunda restauración de los borbones.

Blücher había recibido de una manera brutal á los delegados de la Cámara que fueron á pedirle un armisticio, porque sólo pensaba en entrar por asalto en París, pero Wellington les acogió favorablemente aún cuando desde luego les declaró que no era posible inteligencia alguna con las bases de Napoleon II ó del duque de Orleans. Dióles entonces conocimiento de la proclama que Luis XVIII había dado en Cambrai el 28 de Junio, escrita por el hábil Talleyrand, en la que se decía que de nuevo venía á interponerse entre Francia y los aliados, que se reformaría la Carta en sentido liberal, pues la experiencia debían todos aprovecharla, pero que la venganza de la ley sería inexorable para cuantos habían favorecido la restauración napoleónica, causa de los grandes males que ahora afligían á Francia. Amenaza cruel é intempestiva que tantas víctimas causó. Respecto del armisticio, Wellington declaró que sólo era posible á condición de que se alejara de París el ejército francés, que no quedase dentro de la capital mas que la guardia nacional, y que los anglo-prusianos ocupasen los alrededores de París.

Mientras esto sucedía, los generales del ejército

de Grouchy, irritados por las bravatas de los prusianos que habían hecho pasar el Sena á su caballería, pedían la batalla en una comunicación insolente contra los borbones que el mismo Davout tuvo la debilidad de firmar. La traición de Fouché se denunciaba, sin embargo, y el pueblo y el ejército principiaban á fraternizar.

Fouché resolvió acabar de una vez. El día 1.º de Julio convocó á la Comisión ejecutiva, á las mesas de las dos Cámaras, y á los principales jefes militares, para que decidieran si se había de combatir ó de ceder. El pensamiento de Fouché era el de dejar la responsabilidad de todo lo que pudiera acontecer á los jefes militares, estos comprendieron el engaño y contestaron como se podía esperar de hombres encanecidos en los campos de batalla.

Massena, á quien iguales consideraciones que á Carnot, habían decidido ponerse al lado de Napoleon y aceptado el mando de la guardia nacional de París, contestó que él estaba á las órdenes de Davout y que éste no tenía mas que mandarle. Davout fuera de sí al ver el lazo que Fouché le tendía, dijo que él como soldado no debía decir sino que se podía dar y ganar la batalla á Blücher, y que si se daba, la ganaría.

Carnot, el hombre de Watignies, se mostró menos confiado que el mariscal. Wellington se acercaba y no se tenía ninguna seguridad de que no pudiese llegar á tiempo al campo de batalla de París, como Blücher había llegado á tiempo al campo de batalla de Waterloo. Pero para Carnot la cuestión estaba allí en donde en realidad debía buscarse. Supuesta la victoria de Davout y de sus setenta mil hombres, al otro día iba á ser necesario librar la batalla á los doscientos sesenta mil hombres que llevaban los soberanos aliados y que se dirigían á marchas forzadas sobre París, sin preocuparse de Rapp, Brune y Suchet, ¿qué se hacía entonces?

Mientras esto se discutía, el combate había principiado, el general Excelmans acababa de destrozar la vanguardia prusiana que se había presentado en Rocquencourt. Pero Fouché hizo que Davout no continuase la batalla. Al otro día se celebraba un Consejo de guerra; al que el gobierno dejaba la resolución de continuar ó no la lucha. El Consejo no quiso decir ni sí ni no, pero en suma era poco favorable á la continuación de la guerra. Desde este momento Fouché pudo considerar que había ganado la partida y mandó un delegado de la Comisión ejecutiva á Wellington, quien tuvo que imponerse á Blücher que no quería, de conformidad á las órdenes de Metternich y Nesselrode, que se suspendieran las

operaciones militares hasta que hubiesen entrado en París.

Wellington, más humano y menos rencoroso que el prusiano, estimó que si había menos gloria en entrar en París por capitulación que por combate, lo que en gloria perdiera lo ganaría la humanidad en vidas, y sus soldados, que tan heroicamente se las habían ofrecido en Waterloo, merecían que su general les hiciera el sacrificio de su vanidad militar.

Repitió, pues, Wellington las condiciones ya puestas antes para el armisticio, y la Comisión ejecutiva aceptó la retirada del ejército detrás de la Loire, y la capitulación de París se firmó el día 3 de Julio en el palacio de Saint-Cloud, allí mismo en donde Bonaparte principió diez y seis años antes,—18 brumario,—su gran carrera política. Al día siguiente, el Cuerpo legislativo ratificaba la capitulación, creyendo que el no citarse en ella para nada á los borbones, era señal de que las autoridades napoleónicas y el imperio subsistirían.

Wellington, naturalmente, no se metió en lo que no le incumbía. En la capitulación sólo se comprometía á respetar las autoridades constituídas, en tanto ellas existieran, que no era él quien de *motu proprio* debía poner término á la organización política de Francia; por lo mismo él no podía garantir á las personas su inmunidad por su conducta política, sino en tanto París estuviera bajo el régimen de la capitulación, y si luego se dió mas extensión á la cláusula, por la cual se declaraba que se respetarían las propiedades, salvo las que tuvieran relación con la guerra, Wellington tampoco fué de ello responsable, y esto lo decimos, porque los historiadores franceses quieren vengar Waterloo, presentando de una manera indigna á Wellington en París. La ligereza francesa fué sólo causa de que creyeran haber obtenido garantías que el general inglés no podía dar.

Fouché, se apresuró á enviar uno de sus agentes á Wellington y Talleyrand. El general inglés le dijo que le parecía que había llegado ya el momento de que desaparecieran las autoridades imperiales, para que el rey pudiera entrar libremente, por cuyo motivo Fouché pasó al día siguiente,—5 de Julio,—á Neuilly á conferenciar con él y Talleyrand, que había llegado y aseguraba que se respetaría la Carta, la libertad de la prensa, y que se convocarían inmediatamente los colegios electorales, para elegir una nueva Cámara.

Talleyrand y Fouché no pudieron entenderse en este día. Fouché vió con sorpresa que no se le pagaban sus servicios ó sus traiciones, que nada se le

daba ni prometía, y que era otra vez Talleyrand el hombre de la situación. Despechado y ciego de ira, resolvió entonces lograr por la imposición lo que de buena gana no se le daba.

Había el ejército demostrado no ceder sino á cambio de que se conservase la bandera tricolor y se diera una amplia amnistía, de la que en verdad estaban muy necesitados principalmente los jefes militares. Como sobre esto Talleyrand nada pudo prometer, Fouché regresó á París para levantar al pueblo contra los borbones. El momento no podía ser más oportuno.

La Cámara de diputados acababa de votar la declaración de derechos que Garat le había presentado el día anterior, y además había votado otra declaración no menos grave, la de que «el gobierno de Francia, quien quiera que pudiera ser su jefe, debía reunir los votos de la nación legalmente emitidos.» Estas declaraciones tenían entusiasmados á los diputados y al público, creyendo que con ellas habían acabado con todos los gobiernos despóticos, cuando París ni las Cámaras tenían un solo hombre armado para sostener sus resoluciones. Dígase lo que se quiera, esto era ridículo, y la Cámara, con esta vana discusión de una nueva Constitución, se ganó el dictado de Cámara del bajo imperio.

Véase sino lo que resultó. Wellington y Talleyrand, comprendiendo que la agitación de París era obra de Fouché indujeron á Luis XVIII á que le hiciera concesiones personales, á lo que se resistía el honesto monarca que en él veía al regicida y al traidor, pero el atrabiliario conde de Artois se metió de por medio, ponderando los servicios de Fouché, le declaró «el hombre necesario,» y Luis XVIII consintió al fin, en que Fouché continuase al frente del ministerio de policía. Esto se le notificó á Fouché el día siguiente en una nueva entrevista que tuvo en Neuilly, y desde este momento la agitación de París principió á calmarse hasta el punto de que ya los anglo-prusianos pudieron tomar posesión de París desde el otro día,—7 de Julio de 1815.—Blücher mandaba en París, y como la Comisión ejecutiva estaba instalada en las Tullerías, mandó á esta á uno de sus oficiales con orden de que desocupara el palacio, y además reclamándola una contribución de cien millones. Fouché, siempre cínico, respondió: «Que este era un legado que la Comisión dejaba al rey Luis XVIII.» Así acabó la Comisión ejecutiva. La Cámara creyendo de buena fe estar en las altas regiones del heroismo cívico, continuó deliberando como si nada hubiese pasado, y Manuel mismo se dejó llevar de esa atmósfera artificial hasta parodiarse